

EL SECRETO JUEGO DE SAN MANUEL BUENO, MÁRTIR: LA APUESTA POR EL AMOR Y EL CONTENTO DE VIVIR¹

ALICIA VILLAR EZCURRA

Universidad Pontificia Comillas

RESUMEN: El artículo analiza e interpreta la significación filosófica de la novela *San Manuel Bueno, mártir*, incidiendo en los temas principales que estructuran la obra, en especial bondad, compasión y amor, y atendiendo a la significación del secreto de Don Manuel y su relación con la recepción de Pascal por parte de Unamuno.

PALABRAS CLAVE: Miguel de Unamuno; *San Manuel Bueno, mártir*; Pascal; bondad; amor; compasión.

The secret game of San Manuel Bueno, mártir: the wager for love and the happiness of living

ABSTRACT: This article analyzes and interprets the philosophical significance of the novel *San Manuel Bueno, mártir*. It focuses on the main themes that structure the work, especially kindness, compassion and love, and broaches the significance of the secret of Don Enmanuel and the reception of Pascal by Unamuno.

KEY WORDS: Miguel de Unamuno; *Saint Emanuel the Good, martyr*; Pascal; kindness; love; compassion.

*Sé que el fuego nos da lumbre,
Sé que la lumbre da brasa,
Sé que el amor es costumbre,
Que la costumbre no pasa*
(Miguel de Unamuno, *Teresa*, 69)

INTRODUCCIÓN

Puede parecer difícil decir algo nuevo sobre la mejor novela de Miguel de Unamuno, según gran parte de la crítica, hasta que también se fijó la atención sobre *Niebla*². A título de ejemplo, destacan los juicios de valor de Julián Marías para quien *San Manuel Bueno, mártir* «era la novela más honda y entrañable de Unamuno»³, de Francisco Ayala que considera que en esa obra «culmina la

¹ El artículo se vincula con el Grupo de investigación de la Universidad Pontificia Comillas: «Fundamentos filosóficos de la idea de solidaridad» y el Proyecto propio de I+D: «Reconocimiento del otro y justicia» (REJUS 2018-2020).

² Cfr. La Introducción de GARRIDO ARDILA, J. A., en su edición crítica de las *Novelas completas* de Miguel de Unamuno, Cátedra, 2017, p. 129.

³ MARIAS, J., *Miguel de Unamuno*, Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1971, p. 146.

magistral creación de su autor, acercándose a lo perfecto desde todos los puntos de vista que se la considere»⁴, y de Pedro Cerezo que califica la novela como la «más lírica y mediatunda de todas las suyas»⁵. Como los clásicos, *San Manuel Bueno, mártir* sigue suscitando múltiples lecturas e interpretaciones literarias, filosóficas y teológicas⁶. Sus personajes llenos de vida nos hacen pensar y sentir, animando al lector a establecer un diálogo con el mundo creativo que abre el texto, y a reflexionar sobre ambigüedad de muchos pasajes.

Se cumplieron los augurios de Gregorio Marañón que el propio Unamuno incluyó al comienzo del prólogo de la novela en 1932, asegurando que: «esta novelita» se convertiría en una de las obras de Unamuno «más leídas y gustadas», una de las más características de su producción novelesca⁷. Ampliando la referencia de Marañón, Don Miguel observó que quien dice novelesca «dice filosófica y teológica»; pues en ella puso su sentimiento trágico de la vida⁸. Convencido de que la filosofía española estaba líquida en nuestra literatura, derramó su propia filosofía, su filosofía poética, en su obra literaria y sobre todo en su *San Manuel Bueno, mártir* por la que sintió una especial predilección y consideraba lo más íntimo que había escrito. Así lo confesaba a su amigo Quintín de la Torre, en diciembre de 1936, último mes de su vida, reconociendo su apego por su *San Manuel*, la «entrañada tragedia de un santo cura de aldea»⁹.

Muchos años atrás, a la altura de 1902, Unamuno ya pensaba dedicar una obra al tema de «Ciencia y Religión, o Razón y fe»¹⁰, y con los años el proyecto

⁴ AYALA, F., «El arte de novelar en Unamuno», en «La Torre», números 35-36, p. 348. Cfr. GULLÓN, R., *Autobiografías de Unamuno*, Gredos, Madrid, 1964, p. 331.

⁵ CEREZO, P., *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y Tragedia en Miguel de Unamuno*, Trotta, Madrid, p. 714.

⁶ Para Pedro Ribas es indiscutible la riqueza de consideraciones que suscita, que se refleja en una bibliografía muy abundante en «que sobresale la dedicada a la técnica y estilos literarios de la novelística unamuniana» (RIBAS, P., *Filosofía, Política y Literatura en Unamuno*, Editorial Endymion, Madrid, 2017, p. 29).

⁷ Unamuno reprodujo las palabras de Gregorio Marañón y precisó las referencias: un artículo publicado en «La Nación» de Buenos Aires, y más tarde en el periódico «El Sol» de Madrid del 3 de diciembre de 1931.

⁸ *Ibidem*.

⁹ UNAMUNO, M. de *Epistolario inédito II (1915-1936)*, edición de Laureano Robles, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1991. Unamuno considera que la novela es un reflejo de la tragedia española y más adelante se lamenta de que: «El pueblo español es un pueblo desesperado que no encuentra su fe propia. Y si no se la pueden dar los *hunos*, los marxistas, tampoco se la pueden dar los *otros*». Más adelante, califica a la guerra «incivil» por ambos lados.

¹⁰ El 18 de febrero de 1902, Miguel de Unamuno escribe a su amigo Timoteo Orbe: «Y luego voy a dar un libro “Ciencia y religión” (o razón y fe) en que estoy trabajando, Su sentido es profundamente dualista, afirmo la inconciabilidad de ambos términos y el deber de aceptarlos los dos». (UNAMUNO, M. de, *Epistolario inédito I (1894-1914)*, edición de Laureano Robles, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1991, p. 111.

se transformó primero en un *Tratado sobre el amor de Dios*¹¹ y más tarde en una reflexión sobre el sentimiento trágico de la vida. Al no poder resolver la escisión entre la razón y el sentimiento vital, aceptó el conflicto y decidió vivir de él. Tomó impulso de la aparente desesperación y buscó una vida vigorosa, una acción eficaz, una ética, una estética, una religión, y hasta una lógica, o mejor «cardíaca»¹². Y es que el conflicto entre fe y razón, el contraste entre el vital anhelo de pervivencia y la «disolución racional», eje de la filosofía de Unamuno, es el drama de *San Manuel Bueno, mártir*¹³. A ello se suma su ética del amor compasivo¹⁴, el sacrificio del párroco por el pueblo de Valverde de Lucerna. Por amor al pueblo, a su felicidad que asocia a la tranquilidad, Don Manuel ocultará su secreto, sus dudas sobre la inmortalidad. Lejos de la sinceridad exigida siempre por Unamuno, y la reivindicación de la veracidad que lleva a poner el alma al desnudo¹⁵, en la novela Don Manuel calla sus dudas y con ello Don Miguel inquieta el alma y remueve el poso del corazón de sus lectores.

Las filosofías de autores centrales para Unamuno también se reconocen a lo largo de la novela y se encuentran ecos de Spinoza, Pascal, Schopenhauer y Rousseau¹⁶. Sin poder adentrarnos en todos los temas y autores con los que se relaciona la novela, atenderé sobre todo a la relación con Pascal¹⁷, pero antes recordaré algunas cuestiones generales sobre la obra.

¹¹ Escrito inédito hasta que en el año 2005 Nelson Orringer lo editó: UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, edición de Nelson Orringer, Tecnos, Madrid, 2005.

¹² UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, edición de Nelson Orringer, capítulo VI, p. 262 (las citas a esta obra se harán conforme a esta edición crítica).

¹³ Las citas de la novela se harán con referencia a las *Obras completas. Novelas, II*, edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid, 1966, pp. 1115-1154 (en adelante (OC II); en algunos casos se precisarán también conforme a la reciente edición crítica de la novela de Juan Antonio Garrido Ardila que numera once apartados, UNAMUNO, M. de, *Novelas completas*, Cátedra, Madrid, 2017 (*San Manuel Bueno, mártir* pp. 1159-1199).

¹⁴ Desarrollado en el capítulo VII, «Amor, dolor, compasión y personalidad», *Del sentimiento trágico de la vida*. No abordamos aquí el amor que Ángela profesa por Don Manuel, estudiado por GARRIDO ARDILA, J. A. «Amor y Religión en San Manuel Bueno, mártir de Unamuno», *Revista Romance Quaterly*, 58; 94-113, 2011, pp. 94-111. También en su estudio a la edición de las *Novelas* de Miguel de Unamuno, Cátedra, Madrid, 2017, p. 135.

¹⁵ Cfr. «Nicodemo el fariseo», en UNAMUNO, M. de, *Obras selectas*, Editorial Plenitud, Madrid, 1950, p. 956.

¹⁶ «Los dos clérigos de Rousseau y de Unamuno se parecen bastante: ambos defienden la religión tradicional de cada país, sea ésta cual fuere. Por razones pragmáticas, para que los sencillos se consuelen y vivan: ambos tienen un discípulo a quien, entre lágrimas confiesan la verdad en cuanto a su fe personal, distinta de lo que parecen, de lo que fingen». SÁNCHEZ BARBUDO, A., *Estudios sobre Unamuno y Antonio Machado*, Guadarrama, Madrid, 1959, p. 163.

¹⁷ Para un desarrollo sobre la lectura de Pascal por parte de Unamuno véase VILLAR, A., «Unamuno y su lectura de Pascal, *Del sentimiento trágico de la vida* como principio de acción solidaria», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 2009, nº 42-2, pp. 69-98.

1. PERSONAJES Y ESTRUCTURA DE LA NOVELA

Publicada por primera vez el 13 de marzo de 1931, en la Revista *La Novela de Hoy*¹⁸, en 1933 se volvió a editar con el título: *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*, que incluían *Don Sandalio, jugador de ajedrez*, *Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida*, y *Una historia de amor*¹⁹. Unamuno incluyó un prólogo fechado en 1932, al que añadió un nuevo final en la edición de marzo de 1933. A pesar de la diversidad de temáticas de las cuatro novelas, su autor advertía que a todos los protagonistas, de distinta inspiración en apariencia, les atosigaba «el pavoroso problema de la personalidad, si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es», problema, o mejor congoja unas veces trágica y otras cómica²⁰.

El prólogo también nos permite conocer algunas circunstancias biográficas en las que fue compuesta la novela. El 1 de junio de 1930, acompañado de su amigo el Doctor Cañizo, médico y Catedrático de la Universidad de Salamanca, Don Miguel había visitado en Sanabria el lago de San Martín de Castañeda, paraje en el que ubicó la historia²¹. El lago «maravilloso y tan sugestivo», rodeado de montañas, las ruinas del convento de bernardos, la leyenda de la ciudad de Valverde de Lucerna que «yace en el fondo de las aguas del lago», la soledad, le inspiraron y compuso dos poesías que incluyó en el prólogo. El pueblo de Valverde de Lucerna donde ubica la historia de Don Manuel no es ninguno de los pueblos de la zona, y Unamuno se lamentaba de la miseria y desolación de las aldeas que agonizaban junto al lago, Riba de Lago y San Martín de Castañeda. Redactó la novela «casi de un solo tirón»²² y la terminó

¹⁸ *La Novela de Hoy*, número 461, 13 de marzo de 1931. La novela se publicó cinco meses después de terminada, y en la carta que Unamuno escribe al doctor Velarde el 12 de diciembre de 1931 se comprueba que la envió al Semanario apenas terminarla: «¡Otra cosa! he dado para el seminario literario *La Novela de Hoy*, y es una novela corta, *San Manuel Bueno, mártir*, que es una de las cosas en que he puesto más espíritu». Cfr. GARCÍA BLANCO, M., OC II, Introducción, p. 44.

¹⁹ *San Manuel Bueno, mártir y tres historias más*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933. En 1950 se incluyó en: UNAMUNO, M. de, *Obras selectas*, prólogo de Julián Marías, Editorial Plenitud, Madrid 1950, pp. 873-907, reeditada en 1956 (pp. 113-1143). En 1951, se editó en el vol. II de la edición de las *Obras Completas* de Afrodísio Aguado, Madrid, 1951, pp. 1179-1331. Se tradujo al francés en 1936, al holandés en 1935, al portugués en 1947, al inglés en 1956, al italiano en 1955. Los datos completos de las traducciones figuran en la Bibliografía que Manuel García Blanco incluye en la introducción del volumen II de las *Obras Completas* de Miguel de Unamuno, Escelicer, pp. 80-81.

²⁰ UNAMUNO, M. de, *San Manuel Bueno, mártir*, Prólogo (1932), p. 1122.

²¹ Unamuno había regresado de su exilio en Francia, unos meses antes. Manuel García Blanco señala que de esta excursión o visita quedó constancia «en una especie de álbum o libro de firmas que se guardó en la hospedería junto al lago, bajo la forma de un poema reelaborado más tarde en Salamanca, incluido en su *Cancionero*, y dado a conocer en el citado prólogo, junto con otro compuesto, ya en su casa, después del viaje» (OC, II, Introducción, p. 45).

²² OC II, Prólogo, p. 1117.

en diciembre, revisando el texto e incluyendo adiciones y correcciones en tres ocasiones, hasta que quedó fijado en la edición de 1933²³.

«Toda novela verdaderamente original es autobiográfica» observó Unamuno en un artículo de 1921²⁴, y el sacrificio del cura sin fe retrata «lo más íntimo y dolorido de su alma», como confesó a Emma H. Clouard²⁵. Otros elementos biográficos también se reconocen en *San Manuel, Bueno, mártir*: su experiencia de las crisis de fe vividas desde sus años de estudiante en Madrid; la congoja experimentada ante la sospecha de la nada tras la muerte; la perspectiva racionalista y positivista del joven Unamuno encarnada en Lázaro Carballino; la muerte del niño, sentida como el mayor misterio; el tema del suicidio. Y es que Unamuno, que a sí mismo se considera «un espíritu en movimiento»²⁶, aborda sus temas esenciales desde múltiples perspectivas y géneros literarios, lo que otorga una cierta unidad a la dispersión de su obra, que destila «el enigma de la esfinge».

Antes de abordar el personaje de Don Manuel, su bondad y amor compasivo, recordaremos el contenido y estructura de la novela, breve y aparentemente sencilla, pero en realidad compleja como coinciden los estudiosos de la obra.

Dividida en distintos apartados o capítulos breves de extensión desigual, sin numerar en el manuscrito original, el cuarto de once según la edición crítica de J. A. Garrido Ardila²⁷, es uno de los más largos y a mi juicio marca una inflexión en la dinámica de la historia de Don Manuel, como se justificará más adelante.

En el prólogo de 1932, Unamuno se refiere al fondo de la tragedia de los tres protagonistas: Don Manuel, Ángela y Lázaro Carballino. Gregorio Marañón añadió un cuarto, Blasillo, y observó que la tragedia de esas cuatro almas nace en la médula del alma de su autor²⁸. La figura central, Don Manuel, es descrito por Marañón como: «un sacerdote que enseña a creer a todo un pueblo, que hubiera hecho creer a todo el mundo; y que, sin embargo, no cree, o no sabe si cree; o no sabe si lo que cree es o no es fe»²⁹.

²³ Cfr. GARRIDO ARDILA, J. A., Introducción General, *Novelas completas*, p. 129.

²⁴ UNAMUNO, M. de, «De actualidad», *Nuevo Mundo*, México. Cfr. GULLÓN, R., *Autobiografías de Unamuno*, Gredos, Madrid, 1964, p. 264.

²⁵ Carta de Miguel de Unamuno a Emma H. Clouard, UNAMUNO, M. de, *Epistolario inédito II, (1915-1936)*, p. 317.

²⁶ Carta de Miguel de Unamuno a Bernardo González de Candamo de 5 de marzo de 1902, UNAMUNO, M. de, *Epistolario inédito I (1894-1914)*, p. 113.

²⁷ Corresponde en OC II a las pp. 1140-1143. En la edición de J. A. Garrido Ardila, la novela se divide en once apartados, los diez de la narración de Ángela y el epílogo del autor. Garrido Ardila observa que al «prescindir de la numeración, se lee de corrido lo que en realidad está compartimentado en unidades que contienen cada una de ellas un bloque temático» (UNAMUNO, M. de, *Novelas completas*, p. 3; el capítulo IV de la novela en pp. 1182-1187). En la edición de Alianza Editorial se numeran veinticuatro apartados (UNAMUNO, M. de, *San Manuel Bueno, mártir. Cómo se hace una novela*, Alianza Editorial, Madrid, 3ª edición, 1971).

²⁸ MARAÑÓN, G., *Estudios sobre Unamuno y Antonio Machado*, Guadarrama, Madrid, 1959, pp. 161-163, citado por Manuel García Blanco, OC II, p. 47.

²⁹ *Ibidem*.

Los nombres de los personajes se constituyen en símbolos³⁰: Manuel, forma abreviada de Enmanuel, «Dios con nosotros»³¹; Ángela es la narradora, mensajera que anuncia; Lázaro, representa el resucitado por Jesús; finalmente, Blasillo evoca el nombre de Blas Pascal³². Don Manuel vive y muere para dar consuelo y paz a los corazones afligidos y diversos especialistas³³ han observado la relación del protagonista de la novela con Jesús, que muere para redimir a los hombres. Con su muerte prueban la verdad de su decir, de ahí el adjetivo «mártir» con el que Unamuno califica al protagonista de la novela³⁴. Como el milagro más sorprendente de Jesús, la resurrección de Lázaro; en la novela, el alma de Lázaro Carballino que había muerto en «los viejos lugares comunes anticlericales y hasta antirreligiosos»³⁵ cobra nueva vida, gracias a Don Manuel³⁶.

A lo largo del relato, aparece constantemente el pueblo de Valverde de Lucerna, los prójimos de Don Manuel por los que «comprometió toda su vida a la salud eterna», pues al morir, buscó salvar su personalidad en la de su pueblo, en un «martirio quijotesco» según nos precisa Unamuno en el mismo Prólogo de 1932³⁷. El término «pueblo» tiene un doble uso: en algunos casos el pueblo se identifica con su población («todo el pueblo», o «nuestro pueblo»); en otros casos «pueblo» designa lugar («cuando vuelvas a tu pueblo»)³⁸. Además, en otros pasajes «pueblo» es voz metonímica y se puede leer con ambas referencias a la vez. Finalmente, «pueblo» extiende su significado a la intrahistoria («Él me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea»³⁹). No hay apenas descripción de las calles, casas, ni siquiera de la Iglesia de Valverde de Lucerna y está mucho más presente el paisaje del lago de Sanabria, para Unamuno motivo de ensoñación, al modo de Rousseau. El pueblo, los habitantes de Valverde de Lucerna no tienen nombre, es como un niño inocente al que hay que dejar soñar, rebaño al que pastorear. Son el coro del drama, gente sencilla a los que Don Manuel no puede revelar su secreto,

³⁰ Para un desarrollo de estos aspectos, véase el artículo de RODRÍGUEZ, O., «Relaciones textuales de «San Manuel Bueno, mártir»», Revista «Estudios Filológicos», n.º 13, Facultad de Letras y Educación, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 1978, pp. 230. En este artículo se señala también la relación del relato con *Il Santo*, de Fogazzaro (pp. 234 y ss).

³¹ En el texto se reconocen varios pasajes Evangélicos y también del Antiguo Testamento.

³² Cfr. SÁNCHEZ-BARBUDO, A., *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*, Lumen, Barcelona, 1980, p. 236.

³³ Entre otros, VALDÉS, M. J., en su edición crítica de *San Manuel, Bueno, mártir* (o. c., p. 74).

³⁴ Ricardo Gullón se pregunta si Unamuno quiso establecer un paralelo entre la sublimación del personaje y la del hijo de Dios, y precisa varios signos de esa equivalencia (GULLÓN, R., *Autobiografías de Unamuno*, Gredos, Madrid, 1962, pp. 342-343).

³⁵ *San Manuel Bueno, mártir*, OC II; p. 1138.

³⁶ GULLÓN, R., p. 343.

³⁷ OC, II, p. 1123.

³⁸ Cfr el estudio de VALDÉS, M. J., en: UNAMUNO, M. de, *San Manuel Bueno, mártir*, Edición de M. J. Valdés, Cátedra, Madrid, 1980, «Interpretación de San Manuel Bueno, mártir», p. 71.

³⁹ OC II, p. 1152.

única acción de la novela⁴⁰, pueblo intrahistórico que ha perdido la dimensión de protesta de *En torno al casticismo*⁴¹. Su silencio representa una inconsciencia colectiva, una invitación a permanecer en la fe del carbonero que proporciona una felicidad simple e infantil. Carlos Blanco Aguinaja, que nos descubrió al «Unamuno contemplativo», observa que la vida intrahistórica de Valverde de Lucerna encarna las virtudes de fe, esperanza y caridad de manera equívoca, pues Don Manuel parece confundir la fe con la paz, y «en algunos momentos de debilidad se daría por satisfecho con poseer la Paz como sustituto de la Fe»⁴².

No se narran grandes acontecimientos y el lenguaje refleja la sencillez de la narradora, Ángela Carballino, que a los cincuenta y tantos años relata sus recuerdos y escribe la historia de la vida de Don Manuel con continuidad cronológica. La novela incluía como cita inicial: «Lloró Jesús», del Evangelio según San Juan (11, 35), a propósito de la resurrección de Lázaro, frase tachada y sustituida posteriormente por: «Si sólo en esta vida esperamos en Cristo, somos los más miserables de los hombres todos» (San Pablo, Corintios I, 15, 19). Don Manuel también llorará repetidas veces en los apartados o capítulos finales de la novela. Aunque gran parte de los críticos mantienen que no cree en la vida eterna, por tanto en Dios, también se ha defendido que no hay pruebas concluyentes para ello, debido a la ambivalencia de determinados pasajes⁴³. Además, se reconocen varias historias dentro de la novela, no sólo la de la creencia o no creencia de su protagonista, sino además la historia de un amor entre Ángela y el sacerdote⁴⁴, o la expresión del desengaño político de Lázaro como actividad secular⁴⁵.

La novela queda enmarcada con la inicial presentación de Ángela Carballino que ofrece el propósito de su narración, y termina con otro texto, a modo de epílogo, donde Unamuno recurre al «manuscrito encontrado» y guarda el secreto de cómo ha llegado a sus manos⁴⁶.

El primer apartado, breve, se inicia con un «ahora» que justifica la oportunidad del relato. La promoción en la diócesis de Renada del proceso

⁴⁰ RIBAS, P., *Filosofía, Política y Literatura en Unamuno*, Endymion, Madrid, 2017 p. 22-23.

⁴¹ Cfr. RIBAS, P., o. c., p. 24.

⁴² BLANCO AGUINAJA, C., «Sobre la complejidad de San Manuel Bueno, Mártir, novela» NRFH, XV, p. 569.

⁴³ Cfr. Al respecto: GARRIDO ARDILA, J. A., Introducción general a la edición de las *Novelas completas*, p. 55.

⁴⁴ Analizando la rama de la lingüística denominada pragmática, J. A Garrido Ardila considera que no solo «que Don Manuel amaba a Ángela sino también que él se percató de ello. Ella vivió la triste experiencia del amor y él se mantuvo en su papel de párroco» (Cfr. UNAMUNO, M. de, *Novelas completas*, Introducción General, p. 57). La tesis se desarrolla en su artículo: GARRIDO ARDILA, J. A., «Amor y religión en San Manuel Bueno, mártir», *Romance Quarterly*. 58.2, (2011), pp. 94-113.

⁴⁵ Cfr. CEREZO, P., *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y Tragedia en Miguel de Unamuno*, p. 715.

⁴⁶ Sobre el texto enmarcado y el recurso del manuscrito encontrado en las *Novelas de Unamuno*, véase: GARCÍA JAMBRINA, L., «Miguel de Unamuno o la interiorización de la novela» en *Unamuno eterno*. ed. De J. A. Garrido Ardila, Cátedra, Madrid, 2015, pp. 57-60.

para la beatificación de Don Manuel parece impulsar a Ángela Carballino a consignar sus recuerdos a «modo de confesión», de «aquel varón matriarcal», expresión que curiosamente es sustituida por: «varón patriarcal», en la edición de 1950⁴⁷. Finalizará sus recuerdos de Don Manuel con una segunda referencia al Obispo, señalando que está promoviendo el proceso de beatificación y que «...se propone escribir su vida, una especie de manual del perfecto párroco...»⁴⁸. Ángela también desvela que le han pedido todo tipo de datos que proporcionará, pero ha ocultado el secreto trágico de Don Miguel y de su hermano, confiando que no llegue a su conocimiento lo consignado en «esta memoria»⁴⁹, pues desconfía de las autoridades temporales, aunque sean las eclesiásticas.

2. LA BONDAD DE DON MANUEL

Desde el inicio, la narradora presenta a «nuestro Don Manuel» como «San Manuel Bueno», alguien esencial en su propia vida, padre espiritual que llenó de vida su alma, sustituyendo al padre carnal que perdió siendo muy niña. Ángela vive, crece, madura y envejece a lo largo del relato, mientras evoca la vida de Don Manuel. Y es precisamente la bondad de Don Manuel, merecedora del título de santidad a juicio de la narradora y de los habitantes de Valverde de Lucerna, el eje que llena de contenido los primeros apartados de la novela⁵⁰. El giro se producirá cuando Ángela llega a los veinticuatro años, en el momento en el que Don Manuel revela su lucha interior a Lázaro Carballino⁵¹. El sacrificio de la verdad, de la veracidad, convertirá al bueno de Don Manuel en mártir en aras de la felicidad de sus prójimos⁵². En la misa, el cura silencia la parte del credo: «creo en la resurrección», y se funde en la oración con su pueblo.

La estructura de la novela es así un díptico enmarcado que muestra las dos caras de Don Manuel. La externa, luminosa y alegre, es la que el pueblo contempla y admira, expresión de bondad hasta el extremo de santidad: «San Manuel Bueno»; la otra, el envés, «San Manuel mártir», expresa su sacrificio, el secreto que esconde en su interior y que inunda su alma de una tristeza, solo advertida por Ángela y Lázaro Carballino. Don Manuel oculta el sentimiento trágico de la vida cotidiana que guarda para sí en pos de la paz del alma de

⁴⁷ UNAMUNO, M. de, *Obras selectas*, Editorial Plenitud, Madrid, 1950, p. 873; en OC II, p. 1129.

⁴⁸ OC II, p. 1153.

⁴⁹ OC II, p. 1153.

⁵⁰ Corresponden en OC II, Pp. 1173-1182; en la edición crítica de Garrido Ardila, apartados I a III.

⁵¹ Según la edición crítica de Juan Antonio Garrido Ardila, apartado IV de XI (pp. 1182-1187, en concreto en las pp. 1182-1183); apartado trece de veinticuatro, según la numeración de los apartados numerados en la edición de Alianza Editorial (pp. 43-48); apartado cuatro de diez (sin numerar), en la edición de Mario J. Valdés, Cátedra, 1980 (pp. 116-124); en OC II, pp. 1140-1143 (apartados sin numerar).

⁵² OC II, pp. pp. 1143-1153.

su pueblo. Con ello, Unamuno resalta la acción eficaz y la bondad extrema de don Manuel que le hace Santo, y escribe «Bueno» con mayúscula en el título y prólogo de la novela, y «mártir» con minúscula. Todos le consideran santo, sólo los hermanos Carballino conocen su martirio.

Ángela detallará en los primeros apartados la «perfección exterior del cura», pues el obispo recoge toda clase de noticias, y ha tenido con ella entrevistas, indicará al final de su relato⁵³. El Obispo también se propone escribir su vida, como «una especie de manual del perfecto párroco»⁵⁴. Ángela desconoce el destino de sus propios recuerdos sobre la tragedia interior del cura que no cree en la inmortalidad del alma⁵⁵. ¿Es solo ese su secreto? Veremos San Manuel, bueno, y después San Manuel, mártir, siguiendo el contenido de los distintos apartados sin numerar en el manuscrito de Unamuno y cuya agrupación varía según las distintas ediciones⁵⁶.

La narración de Ángela Carballino dedica los primeros capítulos a los recuerdos de su propia infancia y juventud. Comienza con sus diez años, cuando la llevaron al Colegio de Religiosas de la ciudad de Renada; sigue con sus quince, cuando regresa a su Valverde de Lucerna; y con sus veinticuatro, cuando vuelve de América su hermano Lázaro⁵⁷. De los dieciséis a los veinticuatro, los años «pasaron como un sueño»⁵⁸, y sólo al final revela la edad que tiene al escribir sus recuerdos, sus más de cincuenta años, y se da cuenta de cómo ha envejecido⁵⁹.

En el primer apartado, la presencia de Don Manuel se registra desde que Ángela tiene memoria y recuerda a su madre enamorada de Don Manuel, aunque «castísimamente» advierte. Casto y en ocasiones maternal será el amor que ella misma profesará por Don Manuel, «varón matriarcal», «tan cotidiano como el pan»⁶⁰. Al recordar sus diez años y antes de describir las acciones de Don Manuel, expresa la admiración por su figura que asocia a su interior: «llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta, y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago»⁶¹. Así subraya la sintonía y fusión entre el paisaje⁶² y el héroe de la historia pues «toda la villa de Valverde Lucerna

⁵³ OC II, 1129 y 1153.

⁵⁴ OC II, p. 1153.

⁵⁵ UNAMUNO, M. de, *Narrativa completa, I*. Introducción de Robert N. Nicolas, p. 118, RBA/Instituto Cervantes, Barcelona, 2005.

⁵⁶ Como se ha indicado en una nota anterior, en la edición de VALDÉS, M. J., (Cátedra, 1980) no se numeran los diez apartados, en la de Alianza Editorial (1971) se numera veinticuatro apartados; en la edición de GARRIDO ARDILA, J. A., (Cátedra, 2017) once; en la edición de las *Obras selectas* de la editorial Plenitud (1950), se distinguían veinticuatro apartados sin numerar.

⁵⁷ OC II, p. 1138.

⁵⁸ OC, p. 1138.

⁵⁹ OC II, p. 1151.

⁶⁰ «varón tan cotidiano, tan de cada día como el pan que a diario pedimos en el padre-nuestro» (OC II, p. 1138).

⁶¹ OC II, p. 1129.

⁶² Pedro Cerezo considera el paisaje agónico y el héroe trágico de la historia, y advierte que la Peña del buitre alude al mito de Prometeo. El buitre simbolizaría en Unamuno la conciencia inquisitiva (o. c., p. 716).

era de don Manuel». Monte y lago, metáfora de la tensión entre la fe y la razón, estarán presentes a lo largo de la obra, simbolizando el lago: espejo del cielo; el cielo: la paz, el reposo y el sueño; el monte: la firmeza y sustento de la fe. En comunión con toda la naturaleza y con el pueblo, Don Manuel es parte de la intrahistoria de Valverde de Lucerna y vivirá en el fondo espiritual del pueblo como un presente eterno entre la superficie del lago y la falda de la montaña⁶³. El párroco sabe mirar en el interior de las personas, «traspasando la carne como un cristal» y se gana los corazones, el afecto y la admiración general. Ángela describirá brevemente su vida en el colegio y las noticias que desde allí le llegan de la Don Manuel, «santo de carne y hueso», palabras que pone en boca de su compañera de colegio⁶⁴. Su bondad no está reñida con su inteligencia y Ángela observa que, a pesar de su agudeza mental, Don Manuel rechazó la carrera eclesiástica y prefirió «ser de su Valverde»⁶⁵.

Los apartados siguientes registrarán los hechos que explican por qué en Valverde de Lucerna todos querían a Don Manuel, describiendo la acción entregada a su pueblo y lo que ella y su pueblo ven en él. El retrato de Ángela es más vital que realista, indica Julián Marías, pues busca revelar el interior: «la realidad humana subyacente al cuerpo y las acciones»⁶⁶. La bondad, alegría y humildad de Don Manuel se traduce en todas sus acciones que buscan contribuir en el contento de vivir y la felicidad ajena en la que parece fundirse, como el reflejo de la montaña en el lago.

¿Cómo se revela y en qué consiste el querer a los suyos de Don Manuel? Todo lo que cuenta Ángela de él, la santidad de sus dichos y hechos, son también propiedad del pueblo. Al compartir las penas y las alegrías de su pueblo, todos en el pueblo le sienten como suyo: es el «mi Don Manuel» de Ángela, el «nuestro Don Manuel» del pueblo, el padre que acompaña y anima la vida del espíritu de todos, y es visto cotidianamente como «nuestro santo». Ángela que apenas recordaba nada de su padre carnal que perdió de niña, ni tampoco los cinco años pasados en el colegio, en cambio se acuerda perfectamente de Don Manuel y lo describe como si lo estuviera viendo.

Don Manuel se entrega a todos y pone su empeño en ayudar a los demás sin darse importancia. Trata de arreglar toda clase de problemas, promueve la tolerancia y está al lado de los moribundos para «ayudar a bien morir»⁶⁷. Siente afecto por todos, si acaso parece sentir debilidad por los más desgraciados

⁶³ Cfr. Introducción de Robert N. Nicolas, UNAMUNO, M. de, *Narrativa completa*, I, RBA/Instituto Cervantes, p. 121.

⁶⁴ «...cuando se hablaba de nuestro don Manuel, o cuando mi madre me decía algo de él en sus cartas —y era en casi todas—, que yo leía a mi amiga, ésta exclamaba como en arrebato: «¡Qué suerte, chica, la de poder vivir cerca de un santo así, de un santo vivo, de carne y hueso, y poder besarle la mano!». OC II, p. 1130.

⁶⁵ OC II, p. 1130.

⁶⁶ MARIAS, J., o. c., p. 148.

⁶⁷ OC, II, p. 1131

y díscolos, es el caso de Blasillo, el bobo o el «pobre idiota»⁶⁸, y de Lázaro Carballino, progresista y descreído, que regresa a su pueblo natal desde el nuevo mundo e inicialmente verá a Don Manuel como su antagonista. El apartado que comienza cuando Ángela regresa del colegio a Valverde de Lucerna a los dieciséis años, marca el inicio de su relación directa con Don Manuel, cuando busca su protección paternal y orientación en el sendero de su vida⁶⁹. Entonces, al tratarle directamente, tendrá ocasión de experimentar personalmente la admiración que le había llegado indirectamente a través de los comentarios maternos. Así, como observó Julián Marías, Unamuno «cuando describe, nos inscribe en el círculo de la convivencia de sus personajes»⁷⁰.

Amar es compadecer, decía Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*⁷¹, y Don Manuel se compadece de todos cuanto sufren material o espiritualmente. Varón matriarcal, se conmueve ante el dolor y en especial ante la muerte de los niños, junto con el suicidio, uno de «los más terribles misterios»⁷², y quizá recuerde aquí Unamuno la muerte de su hijo Raimundín. Atento al hombre de carne y hueso, Don Manuel se preocupa del cuidado del cuerpo y espíritu de su pueblo: del exterior, atendiendo de que todos anduviesen todos limpios⁷³; del interior: en la noche de San Juan, acudían a él los que se creían endemoniados, en realidad histéricos y epilépticos, y realizaba curaciones sorprendentes con el solo milagro de su presencia, su mirada y sobre todo su voz divina «que hacía llorar»⁷⁴.

Don Manuel es laborioso, siempre está ocupado: trabaja en el campo, «en el invierno parte leña para los pobres», construye juguetes para los niños, ayuda al maestro en la escuela, y acompaña al médico en sus visitas⁷⁵. En los primeros apartados aparece más como Marta que como María. Su amor entregado es gratuito, desinteresado, no lleva cuentas del mal, no condena a nadie, a todos comprende y justifica: «Todo lo disculpaba», señala Ángela y «no quería creer en la mala intención de nadie». Incluso ante el suicidio, Don Manuel confía en que el suicida se arrepintió, en el último momento. Advertía Unamuno que el bueno no ve al malvado y que bondad es «luz de clarividencia espiritual»⁷⁶, y esta misma convicción se mantiene en la novela. Don Manuel siempre repite:

⁶⁸ La primera vez que aparece el nombre de Blasillo es calificado como «pobre idiota de nacimiento», OC II, p. 1131

⁶⁹ OC II, p. 1136

⁷⁰ O. c., p. 25

⁷¹ *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. VII.

⁷² OC II, p. 1134

⁷³ «El día de su santo (el mismo de Jesús) quería que estrenara camisa, y a quien no la tenía, se la regalaba». OC II, p. 1131

⁷⁴ OC II, p. 1131

⁷⁵ OC II, p. 1134

⁷⁶ En «Nicodemo el fariseo» se pregunta: «¿Crees, acaso, que la bondad, la íntima bondad, no es luz más clara y penetrante que la razón? UNAMUNO, M. de, «Nicodemo el fariseo», en *Obras selectas*, o. c., p. 964.

«¡pobre hermano!»⁷⁷ y el paternal/maternal «¡hijo mío!». Sintiendo próxima su muerte, pedirá a Ángela y a Lázaro que cuiden del pueblo, «de estas pobres ovejas, que se consuelen de vivir, que crean lo que no he podido creer»⁷⁸. Su autoridad moral es tal que logra que todos se sinceren ante él y no le mientan. Comprende las dudas de Ángela, se siente su pastor y la llama «corderilla». No habla de penitencias, ni de infierno y cuando Ángela pregunta sobre ello, responde que crea «en el cielo que ve», dejando abierta la significación de esa evocación. La humildad de Don Manuel se manifiesta cuando Ángela le confiesa sus dudas, y el párroco le aconseja distraerse sin responder a sus preguntas, pues es solo «un pobre cura de aldea». Entonces, Ángela se compadece de él y siente en sus entrañas «el jugo de la maternidad», al recordar las palabras de Jesucristo que Don Manuel pronuncia en la Iglesia: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Antes ya había advertido la tristeza de Don Manuel en la agonía de la madre de los Carballino; cuando quiso proporcionar a la moribunda su alegría última, mediante la conversión de Lázaro. Adivina en la «alegría imperturbable» de Don Manuel «la forma temporal de una infinita tristeza recatada»⁷⁹.

En definitiva, Don Manuel se entrega a su pueblo y morirá con su pueblo. Busca la compañía y parece «huir de la soledad»⁸⁰ con su constante actividad. Comparte no sólo penas sino también sus alegrías y participa en las fiestas del pueblo; en el baile toca el tamboril, y cuando suena la campana del *Angelus* todos lo rezan en la calle. El pueblo vive alegre porque vive en el consuelo de la fe, «tan firme como las peñas de sus montañas»⁸¹. Don Manuel admira al payaso que proporciona alegría y se sacrifica, ocultando su dolor en la agonía de su mujer: «eres tu honrado payaso el santo, trabajas no solo para ganar el pan, también para dar alegría»⁸². Lo esencial de la misión del párroco parece ser dar «el contento de la vida», expresión repetida a lo largo de la narración⁸³. Dar sentido a la vida es dar esperanza y consuelo, es creer que la vida tiene una finalidad, de ahí que insista en que hay que vivir en esta vida.

⁷⁷ «La vida del espíritu es la buena intención. Ten buena intención y pide a Dios que obre ésta en ti buenas obras. Aprende a odiar tanto el pecado, cuanto a compadecer y amar al pecador, porque el odio al mal está en inversa razón con el odio al agente del mal mismo. Mientras no se te escape el grito: ¡pobre hermano!, no serás radicalmente bueno, del todo cristiano». (UNAMUNO, M. de, «Nicodemo el fariseo», en *Obras selectas*, Plenitud, Madrid, 1950, p. 963).

⁷⁸ OC, II, p. 1148.

⁷⁹ OC II, p. 1140.

⁸⁰ OC II, p. 1135.

⁸¹ RIVERA DE VENTOSA, E., *Unamuno y Dios*, Editorial Encuentro, Madrid, 1985, p. 50.

⁸² OC II, p. 1135. Cfr. Díez, R., que consideraba clave el pasaje del payaso en: *El desarrollo estético en la novela de Unamuno*, Playor, Madrid, 1976, p. 256, citado por J. A. Garrido-Ardila en: UNAMUNO, M. de, *Novelas completas*, Introducción de J. A. Garrido-Ardila, p. 132.

⁸³ «lo primero —decía— es que el pueblo este contento, que estén todos contentos de vivir. El contentamiento de vivir es lo primero de todo». OC,II, p. 1134.

3. BLASILLO Y EL «SANTÍSIMO JUEGO» DE DON MANUEL MÁRTIR

La santidad de Don Manuel no se revela en éxtasis místicos, sino en obras⁸⁴. Su caridad, expresión de su amor compasivo, ejerce efectos milagrosos. Guarda su lágrimas y sufrimiento para sí, silenciando sus dudas.

Sánchez Barbudo ya observó que el personaje de Blasillo tiene ese nombre en recuerdo de Blaise Pascal⁸⁵. En la novela no aparece su nombre, como no figura el de ningún filósofo, pero es evidente la presencia textual del llamado argumento de la apuesta (*Pensamientos*, L. 418. Infinito, nada). Es sabido que Unamuno leyó en varias ocasiones los *Pensamientos* de Pascal, a quien incluyó como ejemplo de hombre de carne y hueso⁸⁶. Se proyectaba en Pascal a quien veía como «un pobre espíritu martirizado por la obsesión de su destino»⁸⁷. Simpatizaba con sus razones del corazón y su Dios cordial, mucho más cercano que el Dios del racionalismo cartesiano, el Dios de los filósofos. Consciente de los cambios experimentados desde su crisis de 1987, Unamuno escribía a su amigo Leopoldo Gutiérrez Abascal en los siguientes términos: «Mis congojas de hace cinco o seis años, me han dado fruto, mataron lo que de esteticismo en mi había, despertaron mi sentido apostólico y después de haber intentado buscar a Dios, intelectualmente primero, devocionalmente (en el sentido vulgar) luego, le busco hoy activamente obrando...»⁸⁸.

⁸⁴ Cfr. GULLÓN, R., o. c., p. 338.

⁸⁵ Citado en nota anterior (SÁNCHEZ BARBUDO, *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*, Lumen, Barcelona, 1980, p. 236). También María Cristina Campos Fuentes estudió la presencia de Pascal en *San Manuel Bueno, mártir*, Revista Hispanofila, en Literatura, número 149, 2007, pp. 17-26. Sobre la relación del pensamiento de Unamuno con el de Pascal, véase: ROBLES, L., «Unamuno y la fe pascaliana», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 37, 2002, pp. 115-124. ORRINGER, N. O., «Pascal, portavoz de Unamuno y clave de la agonía del cristianismo», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 42, 2. 2006, pp. 39-73. NUÑEZ RIVERO, M. A., «Verdad religiosa frente a verdad de razón. Un estudio comparativo entre Blaise Pascal y Miguel de Unamuno», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* V, 1985, Universidad Complutense, Madrid. LÓPEZ-MORILLAS, J., «Unamuno y Pascal. Notas sobre el concepto de agonía», en *Intelectuales y espirituales*, Revista de Occidente, Madrid, 1961. GARCÍA-ALÓS, M., «Pascal en Unamuno», Revista Atlántida, VIII, 1980, pp. 81-92. También en mi artículo antes citado: «Unamuno y su lectura de Pascal: *Del sentimiento trágico de la vida* como principio de acción solidaria», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 2009, nº 2.

⁸⁶ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, ed. de Nelson Orringer, cap. I, p. 106. En la Casa Museo Unamuno (CMU), que conserva gran parte de su biblioteca, se cuenta con varios libros de Pascal y sobre Pascal. Se conservan dos ediciones de los *Pensamientos* de Pascal, una de 1847, y otra de 1913, con anotaciones de Unamuno, está última sigue la ordenación de los fragmentos de la edición Brunschvicg, edición crítica de referencia hasta la nueva edición de Louis Lafuma. También que se conserva el libro de VINET, A., *Études sur Blaise Pascal* (1904).

⁸⁷ UNAMUNO, M. de, Carta a Gutiérrez Abascal, de 3 de octubre de 1898, en *Cartas íntimas. Epistolario entre Miguel de Unamuno y los hermanos Gutiérrez Abascal*, Eguzki Argitaldaria, Bilbao, p. 103.

⁸⁸ Carta a Leopoldo Gutiérrez Abascal de 19 de diciembre de 1901, *Cartas íntimas. Epistolario de Unamuno-hermanos Gutiérrez Abascal*, p. 120.

Como Don Miguel, don Manuel buscaba a Dios obrando, y el personaje de Blasillo, el bobo, resulta clave para entender su secreto. Está presente en cinco pasajes: primero, al describir las buenas acciones de Don Manuel con su pueblo, y finalmente, en el momento de su muerte. Al comienzo, Ángela subraya la predilección de Don Manuel por Blasillo, el bobo, «a quien más acariciaba», y que imitaba a Don Manuel, como «un pobre mono»⁸⁹, repitiendo sus palabras. Es llamado con el diminutivo propio de la apelación a los niños y expresa el afecto y la cercanía de Don Manuel por la inocencia e ignorancia de Blasillo. Considerado el tonto del pueblo, actúa como su doble y eco.

Las palabras repetidas por Blasillo, con un «tono patético y como un eco», son las que Don Manuel pronunciaba en el Sermón del Viernes Santo⁹⁰: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» y «al oírse se les saltaban a todos las lágrimas, con gran regocijo del bobo por su triunfo imitativo»⁹¹. Sus palabras contrastan con las que Pascal incluyó en su *Memorial*⁹², registro de los sentimientos de alegría y certeza, propios de una experiencia mística, de la certeza de una revelación que le hace exclamar, preguntar y aseverar: «¡Dios mío! ¿me abandonaréis?», «!Qué no sea eternamente separado de él!..», «...Sólo se conserva por las vías enseñadas en los Evangelios»⁹³. En varias ocasiones, se escucha a Blasillo clamar el abandono de Dios, primero cuando Ángela vuelve de confesarse con Don Manuel y encuentra a Blasillo rondando por la Iglesia; más adelante cuando Lázaro le cuenta sus conversaciones con Don Manuel, oye a Blasillo: «se estremece creyendo oír la voz de Don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo»⁹⁴. A mi juicio este es el pasaje más significativo⁹⁵,

⁸⁹ OC II, p. 1131.

⁹⁰ OC II, pp. 1132 y 1141.

⁹¹ OC, p. 1132.

⁹² El texto conocido como «Memorial» se incluía en la edición de los fragmentos de los *Pensamientos* de L. Brunschvicg, como el fragmento L. 913». Ahí Pascal registró primero los sentimientos de certeza, sentimiento, gozo, paz, y alegría, hasta llegar a las lágrimas de alegría. Como es sabido corresponde al manuscrito (y copia en pergamino) que tras su muerte se encontró cosido en el dobladillo de la chaqueta de Pascal. Encabezado con una cruz y fechado el 23 de noviembre de 1654, Pascal lo conservó hasta el final de su vida (1662), cosiendo y descosiendo cada vez que cambiaba de chaqueta. A la muerte de Don Manuel, Lázaro encontrara en su breviario, desecada y como en un herbario una clavelina, pegada en un papel y en esta una cruz con una fecha (o. c., p. 1146).

⁹³ Según la biografía de Gilberta, hermana de Pascal, sus últimas palabras antes de morir fueron: «!Qué Dios no me abandone jamás!».

⁹⁴ OC II, p. 1141.

⁹⁵ Enrique Rivera de Ventosa consideraba que el momento cumbre de la novela es el pasaje que narra cómo el pueblo acudía a misa, aunque solo fuera para ver y oír a Don Manuel y comprobar cómo se transfiguraba su rostro. Todo el pueblo recitaba el canto del credo a una sola voz y: «Cuando llegaba al «creo la resurrección de la carne y la vida perdurable», la voz de Don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo, y era que él se callaba.... Como si en una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo al acercarse al término de su carrera, lo tomaran en hombros los suyos, para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión». *San Manuel Bueno, Mártir*, OC, II. P. 1131. Cfr. RIVERA DE VENTOSA, E., *Unamuno y Dios*, Encuentro, Madrid, 1985, p. 50.

incluido aproximadamente en la mitad del relato, el apartado central y más extenso ya señalado, cuando Lázaro comulga «ante todo el pueblo y con todo el pueblo», y habla después con su hermana Ángela que le creía convertido, contando que Don Manuel le había recomendado que «fingiese creer si no creía». Es así, como Lázaro arrancó el secreto a Don Manuel que hace que se le llenen los ojos de lágrimas, pasaje que evoca el texto del argumento de la apuesta de Pascal⁹⁶ y excusa la larga cita que sigue:

«Como Don Manuel le habría venido trabajando..., para que fingiese creer si no creía, para que ocultase sus ideas al respecto, mas sin intentar siquiera catequizarle, convertirlo de otra manera.

– ¿Pero es eso posible? —exclamé, consternada.

– ¡Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: «¿Pero es usted, usted, el sacerdote, el que me aconseja que finja?», el balbuciente: «¿Fingir? ¡Fingir, no! ¡Eso no es fingir! Toma agua bendita, que dijo alguien y acabarás creyendo». Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: «¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?», el bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranqué su secreto.

– ¡Lázaro!, gemí

Y en aquel momento, pasó por la calle Blasillo el bobo, clamando su «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» Y Lázaro se estremeció creyendo oír la voz de Don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo.

– Entonces, prosiguió mi hermano— comprendí sus móviles y con esto comprendí su santidad lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que le están encomendados... Me rendí a sus razones y he aquí mi conversión»⁹⁷.

Lázaro explica a Ángela que el pueblo cree sin querer, por hábito, tradición, viviendo en una pobreza de sentimientos, que recuerda el «bienaventurados los pobres de espíritu» del Sermón de la montaña. Conversando con su hermano, Ángela se sumerge en «un lago de tristeza», al comprender el sacrificio y martirio de Don Manuel y también el de su hermano: los dos antepondrán la felicidad y la paz del pueblo, a comunicar su verdad, la disolución racional que lleva al fondo del abismo, desarrollada en *Del sentimiento trágico de la vida*⁹⁸.

Para Pascal y Unamuno sólo por la fe se conoce la existencia de Dios, pues por la razón no podemos determinarnos. Es preciso apostar a favor o en contra de la existencia de Dios, sopesando la ganancia y la pérdida en cuanto a la felicidad. Desde esta óptica, Pascal estima que si ganamos, ganamos todo y si

⁹⁶ Cfr. También CAMPOS FUENTES, M.^a C., «Pensées de Pascal en San Manuel Bueno, mártir de Unamuno», *Hispanófila*, 149, 2007, pp. 17-26.

⁹⁷ OC II, pp. 1141-1142. No reproducimos el texto completo y marcamos con puntos suspensivos cuando omitimos. Corresponde, en la edición de GARRIDO ARDILA, J. A., al apartado IV (o. c., p. 1185-1186).

⁹⁸ Capítulos V («La disolución racional») y VI («En el fondo del abismo»).

perdemos no perdemos nada⁹⁹: forzados a optar, jugar, es preferible «renunciar a la razón para preservar la vida». Si no se puede creer, aunque se quiere, y no se sabe el camino, hay que hacer como si se creyese, siguiendo la Escritura y: «tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc.». Naturalmente eso mismo os hará creer y os embrutecerá», reconoce Pascal¹⁰⁰. Embrutecerse implica actuar como una máquina y adquirir costumbres, hábitos; requiere acallar la razón, pues ni el positivismo, ni la lógica racional pueden resolver el enigma de la existencia de Dios, de un Dios cordial. Actuar como si se creyese en Dios implica ser «fiel, honrado, humilde, agradecido, benefactor, amigo, sincero, veraz...»¹⁰¹.

Don Manuel actúa como si creyera, parece seguir casi todas las consignas citadas por Pascal: es fiel, honrado, humilde, agradecido, benefactor y buen amigo, pero el amor incondicional que siente por su pueblo le lleva a sacrificar la veracidad. Con ello, su «santísimo juego», sale ganando en esta vida, aunque sus costumbres y hábitos no le hayan llevado a la certeza y fe anhelada¹⁰². El párroco quiere creer, pero no puede creer¹⁰³; se esfuerza en hacer feliz a los demás, pero internamente no puede serlo y se funde en la vida del pueblo, como el lago refleja la peña de la montaña y «espeja el cielo»¹⁰⁴. Con ello, también reivindica la vida cotidiana y la costumbre, y Ángela reconoce que le enseñó a vivir, «a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida, a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo»¹⁰⁵. Y así ganó a Lázaro con la verdad de muerte «a la razón de vida»; así ganó a Ángela, que no desveló

⁹⁹ Para Pascal hay que sopesar lo que comprometemos: razón y voluntad, conocimiento y felicidad, lo que podemos perder verdad y bien, y lo que rehuimos: error y miseria: «... os digo que saldréis ganados en esta vida y que, a cada paso que deis por este camino, veréis tanta certeza de ganancia y la nadería de lo que arriesgáis, que conoceréis, al fin, que habéis apostado por una cosa cierta, infinita, a cambio de la cual no habéis dado nada.» (BLAISE PASCAL, *Pensamientos*, Estudio preliminar, edición, traducción y notas de Gabriel Albiac, Tecnos, Madrid, 2018, L. 418/B. 233, p. 300).

¹⁰⁰ El término «embrutecer», *s'abêtir*, que se suprimió de las primeras ediciones y siempre sorprendió a sus lectores está tomado del cartesianismo que considera a los animales autómatas. Véase la nota de ALBIAC, G., al fragmento en la edición crítica de los *Pensamientos* de Pascal, p. 301, nota 1149.

¹⁰¹ La Escritura es la trama que subyace al juego de la apuesta.

¹⁰² Cfr. el siguiente fragmento de Pascal incluido en las anotaciones incluidas en el manuscrito del argumento de la apuesta: «La costumbre es nuestra naturaleza. Quien se acostumbra a la fe, la cree; y no puede ya temer el infierno, ni cree en otra cosa» (Fr. L. 419/B. 89).

¹⁰³ Para José Luis Aranguren la fe unamuniana siempre coexiste con la duda radical, y «nos ha dado tres versiones o grados de ella: la más alta se resume en aquellas palabras evangélicas, tan amadas por él, «creo, ayuda mi incredulidad». La segunda, terriblemente dramática, del que quiere y no puede creer, ha sido espléndidamente encarnada en la figura de *San Manuel Bueno, mártir*, La tercera, estoica, en la que ya apenas queda sombra de fe, se concreta en las palabras de Sénancour...». L. ARANGUREN, J. L., *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Revista de Occidente, Madrid, 1963, p. 204

¹⁰⁴ OC II, p. 1144.

¹⁰⁵ OC II, p. 1152.

el «santísimo juego»¹⁰⁶ de Don Manuel, el juego al que Pascal se refería en su fragmento sobre la apuesta (L. 418).

A mi juicio, este es el secreto de Don Manuel, su particular juego y apuesta: actúa santamente, conforme a la caridad cristiana, haciendo todo como si creyese y «embruteciéndose», según el sentido del texto en Pascal. De ahí que Unamuno represente a Blasillo, el bobo, idiota, como el eco de Don Manuel, que no puede creer en la vida futura. Sin la fe, desde el punto de vista humano, sólo cabe para Pascal y para Unamuno actuar como si se creyera, renunciando a las demostraciones racionales. Advertía Pascal: «Sólo la religión cristiana hace al hombre amable y feliz conjuntamente, solo con la honestidad no se puede ser amable y feliz conjuntamente» (L. 426/B. 542). Don Manuel siente que con su verdad el pueblo no viviría feliz, pues la vida es insufrible sin la esperanza de otra¹⁰⁷. Es el más honesto y amable, es santo, pero como el payaso que tiene dos caras, ríe por fuera y llora por dentro. Blasillo, el eco de Don Manuel, también es su doble, el espejo de sus dos caras: ríe en los apartados dedicados a las buenas acciones de Don Manuel, y llora desde que a Don Manuel «comienzan a faltarle las fuerzas»¹⁰⁸. Sus llantos no son los «llantos de alegría» que Pascal recogía en su «Memorial», sino los de aquel que quiere que Dios exista, que ha obrado conforme a tal deseo, pero sigue dudando de la inmortalidad del alma. Pascal anotaba en el margen del manuscrito del argumento de la apuesta que la fe es distinta de la prueba, es un don de Dios, Dios sensible al corazón, no a la razón (L424/B 278).

Ángela se pregunta qué es creer y hasta dónde llega la duda y el engaño. Quiere creer que don Manuel se congojaba «porque no podía engañarse para engañarme»¹⁰⁹, y ella también duda hasta el extremo de preguntarse si Dios, por algún extraño designio, hizo que Don Manuel y Lázaro se creyeran incrédulos, y acaso próximos a la muerte se les cayó la venda.

Cuando Don Manuel enferma, pide a Ángela que rece por él, y a su modo, se confiesa con ella. Considera que esta vida es insufrible e intolerable sin esperanza de otra¹¹⁰, y vive para consolar a su pueblo. Don Manuel no querrá morir solo y

¹⁰⁶ Ángela se pregunta por qué no trató Don Manuel de convertir a su hermano: «Y he comprendido que fue porque no le engañaría, que para con él no le serviría el engaño. Que sólo con la verdad, con su verdad, le convertiría; que no habría conseguido nada si hubiese pretendido representar para con él una comedia —una tragedia más bien— la que representaba para salvar al pueblo. Y así le ganó para su piadoso frade. Le gana con la verdad de muerte a la razón de vida. Y así me ganó a mí que nunca deje transparentar a los otros su divino, su santísimo juego» (OC II, p. 1152).

¹⁰⁷ «lo que hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, mi verdad, no vivirán. Y esto hace la Iglesia hacerles vivir. Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir» (OC II, p. 1142).

¹⁰⁸ OC II, p. 1146 a 1149. «Blasillo el bobo, era el que con más cuajo lloraba... porque ya Blasillo lloraba más que reía y hasta sus risas sonaban a llores» (p. 1146).

¹⁰⁹ OC II, p. 1143.

¹¹⁰ Cfr. MARÍAS, J., o. c., p. 149

busca consuelo en la compañía de su pueblo¹¹¹. Sus oraciones le acompañan y las oye en silencio. Próximo a su muerte, pide que Blasillo se le acerque y le de la mano. «El bobo lloraba de alegría»¹¹², recuerdo de las «lágrimas de alegría» que Pascal registraba en su *Memorial*. Don Manuel morirá con los ojos cerrados, Blasillo, su eco, muere con él, «duerme en el Señor»; será enterrado con él¹¹³.

Tras la muerte de Don Manuel, Lázaro confiesa a Ángela que el santo le curó de su progresismo, le hizo un hombre nuevo y volvió a nacer en el consuelo de la vida¹¹⁴. Siempre compasiva y comprensiva, al final de su relato Ángela recordará a su «pobre Blasillo», su «San Blasillo». Comprender el secreto de don Manuel, no cree en lo que predica, la sumerge en un lago de tristeza, reconociendo al tiempo la lección de Don Manuel, su maestro: sin esperar la inmortalidad, les «mantuvo en la esperanza de ella», «enseñó a vivir, a sentir la vida», a «sumergirse en «el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea», a vivir con y para los otros. Pascal advertía: «Se hace un ídolo de la misma verdad, pero la verdad fuera de la caridad no es Dios y es su imagen un ídolo al que no hay que adorar, y menos a su contrario, que es la mentira» (L. 926/B. 582). La caridad por encima de la veracidad.

Afirmaba Unamuno que nada une más a los hombres que el secreto: «El que adivine tu secreto, no tiene más que mirarte y habrás de hacerte amigo de él. Y en el buscarás refugio El secreto, el verdadero secreto, es inefable, y en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es aún más que antes»¹¹⁵. El secreto de Manuel expresa el secreto de Miguel de Unamuno, secreto que creyó adivinar en su particular lectura de Pascal, su doble.

REFLEXIONES FINALES

La filosofía poética de Unamuno se expresa en la novela con abundantes metáforas. Entre otras, el lago representa la fusión y abandono en la fe de su pueblo, como las peñas de las montañas representan la firmeza de la fe¹¹⁶. Además, a mi juicio hay otras metáforas que resultan especialmente

¹¹¹ En la enfermedad de Don Manuel, «era con Blasillo quien con más cuajo lloraba, lloraba más que reía» y en el momento de su muerte, tendrá un especial protagonismo.

¹¹² OC II, p. 1149.

¹¹³ «Y al llegar la resurrección de la carne y la vida perdurable, todo el pueblo sintió que el santo había entregado su alma a Dios. Y no hubo que cerrarle los ojos, porque murió con ellos cerrados. Y al ir a despertar a Blasillo nos encontramos con que se había dormido en el señor para siempre. Así que luego hubo que enterrar dos cuerpos», OC II, p. 1149.

¹¹⁴ OC II, p. 1150.

¹¹⁵ UNAMUNO, M. de, «El secreto de la vida», en *Obras selectas*, Editorial Plenitud, Madrid, 1950, p. 267.

¹¹⁶ VALDÉS, M. J., señala: «Los símbolos dialécticos de montaña (fe) y lago (duda)...se desarrollan a través de la obra, primero como símil que personifica a don Manuel como la encarnación de esta oposición, y luego como metáfora que plantea el sentimiento trágico e la vida cuyo mayor delito es haber nacido» Miguel de UNAMUNO, *San Manuel Bueno, mártir*, edición de VALDÉS, M. J., «Interpretación de San Manuel Bueno, mártir», p. 72.

significativas para expresar el santísimo juego de don Manuel: el viejo nogal en el que Don Manuel jugaba de niño.

«En invierno partía leña para los pobres. Cuando se secó aquel magnífico nogal —“un nogal matriarcal” le llamaba, a cuya sombra había jugado de niño, y con cuyas nueces se había durante tantos años regalado, pidió el tronco, se lo llevó a su casa y después de labrar en él seis tablas, que guardaba al pie de su lecho»¹¹⁷.

El nogal evoca la época feliz de su infancia, del juego inocente, la época en la que se empieza a soñar, la época de una fe viva. Es la fe que Unamuno evocó en su *Nicodemo el fariseo*; la fe que Don Manuel, pastor de su pueblo, procura a sus fieles, pobres ovejas que sueñan y necesitan esperanza¹¹⁸. Con los años, Don Miguel comprenderá que no puede tener fe del carbonero, quien no lo es¹¹⁹; y así, Don Manuel se consuela al «consolar a los demás, aunque el consuelo que les da», no sea el suyo¹²⁰.

Sintiendo próxima su muerte y con ganas de dormir y sin soñar, Don Manuel ruega a Ángela que cuando le entierren «sea en una caja hecha con aquellas seis tablas «que talló del viejo nogal, ¡pobrecito!, a cuya sombra jugué de niño, cuando empezaba a soñar ¡Y entonces sí que creía en la vida perdurable!»¹²¹. Con la madera del mismo nogal se tallará una cruz que a la muerte de Don Manuel tocaban las que se creían endemoniadas, esperando curarse.

Cuando Ángela termina su relato, nieva sobre el lago, sobre la montaña, sobre las memorias de su padre, de su madre, de su hermano Lázaro, de su pueblo, y también sobre su San Blasillo: «Y esa nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbra»¹²². Los copos de nieve, aislados transitorios, se disuelven en el agua del lago; pero los copos de nieve que caen sobre la montaña, unidos, parecen perdurar¹²³. En *Paisajes del ama*, Unamuno evocaba el silencio de la nevada, símbolo de paz, que no resbala como la lluvia, sino que nivela y queda. Recuerda a la infancia por su desnudez y blancura; también a la vejez por la blancura de las canas; como el alma del niño y del

¹¹⁷ OC II, p. 1134.

¹¹⁸ OC II, p. 1148.

¹¹⁹ Miguel de Unamuno.

¹²⁰ OC II, p. 1148.

¹²¹ OC II, p. 1148.

¹²² «¿Has visto, Lázaro, misterio mayor que el de la nieve cayendo en el lago y muriendo en él mientras cubre con su toca la montaña?...» está nevando, nevando sobre el lago, nevando sobre la montaña, nevando sobre las memorias de mi padre, el forastero; de mi madre, de mi hermano Lázaro, de mi pueblo, de mi san Manuel, y también sobre la memoria del pobre Blasillo, de mi san Blasillo, y que él me ampare desde el cielo. Y esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbra», OC II, p. 1152. Sobre la significación de la nieve véase el estudio de VALDÉS, M. J., en Miguel de UNAMUNO, *San Manuel Bueno, mártir*, pp. 72-73; también Carlos Blanco Aguinaja, *El Unamuno contemplativo*, p. 318 y ss.

¹²³ VALDÉS, M. J., o.c., p. 72.

anciano, la nieve es «silenciosa y allanada»¹²⁴. El misterio de la nieve transitoria es el misterio de la fe y de la vida, amor a la vida, cotidiana y compartida, amor compasivo y bondad convertida en costumbre, en santidad que ilumina y borra esquinas. Unamuno agónico, Unamuno contemplativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Unamuno, M. de (1967). *Obras completas. II. Novelas*, edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de (1967). *Obras completas. I. Paisajes y Ensayos*, edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, M. de (1970). *Obras selectas*, prólogo de Julián Marías. Madrid: Editorial Plenitud.
- Unamuno, M. de (2017). *Novelas completas*, edición, introducción y notas de Juan Antonio Garrido Ardila. Madrid: Cátedra.
- Unamuno, M. de (2005). *Narrativa completa*, II vols. Introducción de Robert R. Nicholas. Barcelona: RBA/ Instituto Cervantes.
- Unamuno, M. de (1971). *San Manuel Bueno, mártir, Como se hace una novela*, presentación de P. Garragorri. Madrid: Alianza Editorial.
- Unamuno, M. de (1980). *San Manuel Bueno, mártir*, edición de Mario J. Valdés. Madrid: Cátedra.
- Unamuno, M. de (2005). *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, edición de Nelson Orringer. Madrid: Tecnos.
- Unamuno, M. de (1991). *Epistolario inédito I (1984-1914)*, edición de Laureano Robles. Madrid: Espasa-Calpe, Colección Austral.
- Unamuno, M. de (1991). *Epistolario inédito II (1915-1936)*, edición de Laureano Robles. Madrid: Espasa-Calpe, Colección Austral.
- Unamuno, M. de (1986). *Cartas íntimas. Epistolario entre Miguel de Unamuno y los hermanos Gutiérrez Abascal*, edición de J. González de Durana. Bilbao: Eguzki Argitaldaria.
- Aranguren, J. L. (1963). *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*. Madrid: Revista de Occidente.
- Blanco Aguinaga, C. (1959). *El Unamuno contemplativo*. México: El Colegio de México.
- . «Sobre la complejidad de San Manuel, Bueno, mártir», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 15 (1961), pp. 569-588
- Cerezo, P. (1996). *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta.
- Garrido Ardila, J. A. (coord.) (2015). *El Unamuno eterno*. Madrid: Cátedra.
- Gullón, R. (1964). *Autobiografías de Unamuno*. Madrid: Gredos.
- Marías, J., *Unamuno*. Madrid: Espasa Calpe.
- Moreno Romo, J. C. (coordinador) (2012). *Unamuno, moderno y antimoderno*. México: Fontamara.
- Ribas, P. (2017). *Filosofía, Política y Literatura en Unamuno*. Madrid: Editorial Endymion.

¹²⁴ « ¡Ay de aquel que... no conserva en el alma la blanca nieve de donde manan surtidores de fresca desbordante», «Paisajes del alma», en OC I, p. 508.

- Rivera de Ventosa, E. (1985). *Unamuno y Dios*. Madrid: Editorial Encuentro.
- Rodríguez, O. (1978). «Relaciones textuales de «San Manuel Bueno, mártir», Revista Estudios Filológicos, n° 13, Facultad de Letras y Educación, Universidad Austral de Chile, Valdivia, pp. 230.
- Sánchez Barbudo, A. (edición) (1980). *Miguel de Unamuno. El escritor y la crítica*. Madrid: Taurus.

Sobre Unamuno y Pascal:

- Pascal, B. (2018). *Pensamientos*, estudio preliminar, edición, traducción y notas de Gabriel Albiac. Madrid: Tecnos.
- Pascal, B. (2014). *Pensamientos*, estudio introductorio de Alicia Villar. Madrid: Gredos.
- Campos Fuentes, M^a. C. (2007). «Pensées de Pascal en *San Manuel Bueno, mártir* de Unamuno», *Hispanófila*, 149.
- Núñez Rivero, M. Á. (1985). «Verdad religiosa frente a verdad de razón. Un estudio comparativo entre Blaise Pascal y Miguel de Unamuno», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* V. Madrid: Universidad Complutense.
- López-Morillas, J. (1961). «Unamuno y Pascal. Notas sobre el concepto de agonía», en *Intelectuales y espirituales*. Madrid: Revista de Occidente.
- García-Alós, M. (1980). «Pascal en Unamuno», *Revista Atlántida*, VIII, pp. 81-92.
- Orringer, N. (2006). «Pascal, portavoz de Unamuno y clave de la agonía del cristianismo», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 42, 2, pp. 39-73.
- Robles, L. (2002). «Unamuno y la fe pascaliana», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 37, pp. 115-124.
- Villar Ezcurra, A. (2009). «Unamuno y su lectura de Pascal: *Del sentimiento trágico de la vida* como principio de acción solidaria», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, n° 2, pp. 69-98.

Universidad Pontificia Comillas, Madrid
avillar@comillas.edu

ALICIA VILLAR EZCURRA

[Artículo aprobado para publicación en julio de 2019]